

Pintura y escultura de Sudamérica en el siglo XIX

El 9 de Julio de 1816 el Congreso de Tucumán proclamó a petición de los próceres San Martín y Belgrano la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Ello fue el comienzo del fin de la época virreinal y del nacimiento de la Época Republicana, pero la unidad de Iberoamérica que habían soñado Bolívar y otros muchos caudillos independentistas, no pudo conseguirse a causa de las rencillas intestinas entre los más eminentes. Pocos años más tarde, en los días en que en las tierras andinas de Perú y Ecuador se habían dado cita en 1824 los ejércitos argentino y venezolano se decidió el nuevo destino de Iberoamérica, pero el proceso de fragmentación que duró varios años hizo imposible el mantenimiento de una política coherente en las relaciones internacionales y facilitó los despojos de que fue víctima Iberoamérica a lo largo de sus casi dos siglos de vida independiente. Cuba y Puerto Rico siguieron siendo españolas hasta que, en 1898, fue mediatizada la primera y ocupada la segunda por los Estados Unidos. En lo que a la escultura y la pintura respecta cabe destacar que el arte del siglo XIX fue tan brillante como el de los tiempos virreinales y que aunque la influencia española siguió siendo grande sobre los artistas de Iberoamérica, lo fueron también, desde los años treinta de dicho siglo, las de Francia e Italia. El viaje de estudios a estas tres naciones se convirtió en una casi obligación para los artistas plásticos y facilitó la apertura de nuevos caminos. La asunción de las nuevas tendencias europeas fue brillante durante el último cuarto del siglo y aceptable en los dos anteriores. Nuestra selección de artistas la haremos por orden cronológico en cada nación y por orden alfabético en lo que a las diversas naciones respecta.

En la Argentina el primero cronológicamente entre los pintores de la época republicana fue Carlos Morel (Buenos Aires, 1813-Quilmes, 1894), cuya importante aportación al esplendor de la nueva era la realizó en su casi totalidad en el decenio comprendido entre 1835 y 1845. En sus cuadros hay verismo y ternura y son en su mayor parte de temática porteña o sobre el vivir diario del hombre argentino. Su dominio de la luz y su vibración, eran extraordinarios y se adelantó en ese aspecto a otros muchos

pintores occidentales de ese mismo siglo. Más técnico que Morel era Prilidiano Pueyrredón (Buenos Aires 1823-1870), cuya temática primordial era, como la de Morel, relacionada con la vida argentina. Pintó gran cantidad de escenas de gauchos, diligencias y también algunos desnudos, no precisamente inocentes. Fue además un gran acuarelista y litógrafo, altamente refinado en ambas modalidades. De Sívori, uno de los más auténticos grandes de la pintura argentina, me ocuparé en un trabajo posterior y cerraré ahora mi recuerdo de los pintores decimonónicos bonaerenses con Cándido López (Buenos Aires, 1840-Baradero, B.A., 1902) que fue uno de los más delicados y originales pintores «ingenuos» de la Iberoamérica decimonónica. Había luchado en la guerra del Paraguay, sobre la que pintó con un espontáneo candor multitud de dolorosas escenas. Era además un testigo de su época en su verismo sin concesiones.

La escultura fue algo menos brillante, pero cabe destacar a Manuel de Santa Coloma, nacido en 1821 y notable por su verismo y dominio del oficio. Otros muy importantes maestros argentinos decimonónicos los recordaremos en artículos posteriores.

En Bolivia destacó durante la primera mitad del siglo XIX el pintor Manuel Ugalde, especializado en el retrato verista, género muy a la moda, pero sin que se conozcan quienes fueron los autores de algunos de los más interesantes cuadros, tal como acaece con el del Alcalde Burgundo, fechado en 1805 y con el del Gobernador Sánchez Lima, pintado en 1817. En la segunda mitad del siglo el único pintor especialmente destacable fue José García Mesa (Cochabamba, 1851-1905), viajero infatigable que hizo compatible su rica actividad de pintor con el cargo de Secretario de Legación, en la de Bolivia ante la Santa Sede. A su regreso a Bolivia fue nombrado director de la Academia de Bellas Artes y formó un selecto grupo de alumnos, casi todos los cuales realizaron sus más renovadoras pinturas en el siglo siguiente. Sus obras son sumamente veristas, tal como acaece, con su sobriedad, su magistral organización del espacio y su manera de coordinar sin un solo agobio compositivo gran número de figuras, en *La ejecución de Murillo*, pero su lienzo más espectacular es *La Plaza de Cochabamba*, que gracias a su sorprendente memoria visual pintó sin referentes en París entre 1885 y 1889 y en la que el equilibrio de los grandes volúmenes de las casas y la gran cantidad de figuras que pululan y se mueven en todas las direcciones posibles, son el fruto de una pericia extremada y de un dominio perfecto de los ritmos estructurales.

La escultura no estuvo en el siglo XIX a la altura de la de los tiempos virreinales, pero éstos pervivieron en las excelentes tallas en madera, policromadas de acuerdo con la vieja tradición española, de Pedro Enríquez y de su mujer Julia Sandoval. Ambos maestros habían sido discípulos del escultor y también pintor Juan de la Cruz Tapia, cuya máxima obra es un Santiago Apóstol, montado sobre su tradicional caballo de la legendaria batalla de Clavijo y que reafirmó contundentemente su fama cuando la terminó, firmó y fechó en 1891.

En Brasil, al igual que había acaecido en otras varias naciones de Iberoamérica, la inmigración de artistas extranjeros fue muy temprana, pero en estas líneas, tal

como hemos hecho en páginas anteriores y haremos también en las posteriores nos limitaremos a los maestros nativos que conformaron en los dos últimos tercios del siglo el panorama artístico brasileño. El primero en abrir los caminos autóctonos fue Víctor Meireles de Lima (Desterro, hoy Florianópolis, 1832-Río de Janeiro, 1903), cuya obra maestra es en mi opinión *Uma rua da Antiga Desterro*, pintada en 1851, cuando el pintor no había cumplido aún los 19 años. Hay en esa obra una fragancia sutil de alta calidad y un entrañable candor. Pintó también escenas bélicas, tales como *Batalha dos Guarapes*, fechada en 1879 y notable por su tensión contenida, su arremolinamiento de múltiples figuras y sus luminosidades atornasoladas. Merecen ser asimismo destacados sus ambiguos desnudos, rebosantes de sensualidad y con morbideces espontáneamente expresivas. José Ferraz de Almeida Junior (Itu, 1850-Piracicaba, 1899) había estudiado con Meireles de Lima en Río de Janeiro y pintó tras ese aprendizaje algunos lienzos en los que captó en una premonición de la pintura social el duro quehacer de los campesinos y el de los obreros. En 1875 y años inmediatos amplió estudios en París y pintó antes y después de su regreso a Río algunas escenas deliciosamente maliciosas. En 1899 fue asesinado por un lío de faldas.

En escultura destacan Francisco Manoel Chaves Pinheiro (Río de Janeiro, 1822-1884) cuyas obras más significativas son el monumento al Padre Anchieta, la estatua del emperador del Brasil Pedro II y la estatua del actor Joao Caetano, muy efectista, pero digna en su manera de captar una de sus más dramáticas interpretaciones.

En Colombia la primera pintura importante del siglo XIX es una obra anónima titulada *Ejecución de la Pola en 1817*, notable por la precisión de su dibujo, por la veracidad de sus imágenes, resaltadas sobre un fondo neutro, y por la gordura un tanto fofa de sus personajes, que parecen un anticipo del pop y de los lienzos más significativos de Fernando Botero. Epifanio Garay (Bogotá, 1849 - Villeta, 1903) fue un gran retratista y un buen director de la Escuela de Bellas Artes. Su color destacaba por su excelente entonación y su dibujo por su precisión algo ampulosa. Cabe destacar asimismo su verismo un tanto expectante. A Andrés de Santa María le dedicaremos un artículo aparte y encaja además mejor en el siglo XX, durante el que murió en 1945, que en el siglo XIX, en el que había nacido en 1862. En escultura destaca el sacerdote Santos Martínez, que nació en los comienzos del siglo y falleció en 1868. Realizó una serie de Cristos en madera que se conservan en la Iglesia de la Calera (Cundinamarca), de la que era párroco. Son asimismo notables los Cristos en madera policromada de Eugenia Bernabé Martínez, entre los que cabe destacar con un original encanto manierista su *Jesús resucitado*, tallado en 1850 para el templo de San Agustín, de Bogotá.

En 1811 el primer gobierno del Chile recién independizado promulgó un decreto según el cual todos los extranjeros que deseen establecerse en el país podían hacerlo con entera libertad. Ello aumentó grandemente el número de inmigrantes e hizo que gran cantidad de pintores europeos se estableciesen temporal o definitivamente en Chile, lo que influyó grandemente en la calidad que caracteriza desde mediados del